

las Escrituras sagradas, tan sin elocuencia para persuadir ó mover los afectos, proponiendo sencillamente las reglas y notas, y brevísimamente los puntos de la meditacion, dejando á cada uno libre el discurso y el hacer reflexion sobre sí mismo, y el aplicar el discurso á los buenos propósitos y á la ejecucion. La causa de esto es, porque no pretendia más que introducir al ejercitante para tratar inmediatamente con Dios, y que allí fuese alumbrado y enseñado de su divina voluntad; y en esto hay mucho de provecho, y menos de peligro, estando siempre, como ha de estar, á la vista el maestro espiritual para no dejarle errar por medio de las reglas de discrecion. No se puede negar, sino que son muy provechosos los libros espirituales que andan escritos, llenos de elocuencia y de espíritu, y que con testimonio de los santos y de las Escrituras, eficazísimamente persuaden y mueven á la perfeccion; todos estos libros tienen su uso particular, y son muy á propósito, unos para unas personas, y otros para otras, y del todo son necesarios para los que no hacen ejercicios, ni se disponen á conocer en ellos la voluntad de Dios; pero este nuestro libro cuanto es más breve y sencillo, tanto es más provechoso á todo género de estados y de personas, y se puede acomodar á todos de cualquiera calidad y condicion que sean; y todos se pueden ayudar de él para conocer la divina voluntad y cumplirla; y es excelentísimo para los que hacen estos ejercicios ayudados de algun maestro espiritual que se los da; y en orden á este fin, tiene tanto más magisterio y mayor arte, quanto parece que está más desnudo de ella.

CAPÍTULO XV.

CÓMO SE HA DE HABER EL QUE DA LOS EJERCICIOS CON EL QUE LOS HACE ANTES DE LA ORACION.

TRATAMOS ahora especialmente de aquella oracion en que desea uno saber la voluntad de Dios acerca de lo que le conviene en alguna materia particular, lo cual llamamos eleccion, porque en ella delibera uno, y escoge lo que le está mejor, ó acerca del estado de su vida, ó acerca de otras cosas particulares. Y supuesto que el alma que se dispone á tratar con Dios la hemos de dejar para que sea enseñada de él, resta que en dos tiempos pueda ser ayudada de su padre espiritual, conviene á saber, antes y despues de la oracion. Antes de la oracion se han de quitar primeramente los impedimentos de la divina luz, y lo segundo instruir en el modo de tratar con Dios. Despues de la oracion se debe tomar cuenta del suceso de ella, porque no se atraviese alguna sugestion del espíritu malo.

Los impedimentos son de tres maneras, conviene á saber, en el alma los pecados, en el entendimiento la ignorancia, en la voluntad los afectos desordenados.

Para purificar el alma de pecados se enderezan todos los ejercicios de la primera semana.

La ignorancia puede ser quanto al modo de elegir, y quanto á la materia que se elige. Para quitar la ignoran-

cia cuanto al modo, se ponen todas las reglas y avisos que declaran en qué materias se puede hacer la eleccion, en qué tiempos, con qué modos, y otras que están en la segunda semana, y se declararán á la larga en su propio lugar.

Cuanto á la materia puede haber tambien ignorancias y errores, como si uno, pongo por caso, trata de ser religioso ó de tomar otro estado, y en las razones que se le ofrecen para deliberar en pro ó en contra, padeciese algunos engaños; porque entonces debe ser desengañado del que le da los ejercicios, porque funde su determinacion sobre la verdad.

Cuanto á la voluntad se debe purificar de afectos, inclinándose siempre á lo contrario de lo que desordenadamente desea, como se repite varias veces en las notas de la segunda semana, hasta ponerse indiferente para todo lo que Dios dispusiere de él, y como un peso fiel que cualquiera significacion del mayor servicio y gloria divina le haga inclinar hácia allí la balanza, y como una tabla limpia y rasa en que Dios imprima su voluntad. Y porque de ordinario los deseos desordenados tienen su raiz en el amor de las riquezas ó de las honras, se debe uno disponer con el amor de la pobreza y de las deshonras de Jesucristo. Y para esto se ordenan los ejercicios de la segunda semana, particularmente el del reino de Cristo, el de las banderas, y los tres grados de humildad. Todas éstas cosas puede y debe el que da los ejercicios, persuadirles determinadamente y en particular, y dar meditaciones convenientes para mover á ellas. Porque éstas son convenientes para todos, y se deben aconsejar y pedir á todos, y por eso no caen debajo de eleccion. Pero cuando se trata de deliberar y escoger en aquellas cosas, que no todas son para todos, y pueden

tener convenientes é inconvenientes, se debe retirar el padre espiritual, y contentarse con haber quitado los impedimentos de la luz, y dejar el ánima que se resuelva á sus solas con Dios. Esta práctica veremos en todo este libro de los *Ejercicios*, porque el deseo del último fin, la indiferencia á las criaturas, el aborrecimiento de los pecados, el desprecio de las riquezas y de las honras, el amor de la pobreza y de las injurias y oprobios, todo esto y otras cosas tales se piden determinadamente, se persuaden, se ponen por fin y blanco de las meditaciones; pero en tratando de la pobreza actual, ó del estado de vida que se ha de tomar, se remite siempre á la divina voluntad, la cual se espera que declarará Dios nuestro Señor al ánima en sus ejercicios.

Lo segundo tambien es oficio del padre espiritual, despues de haber quitado los impedimentos, instruir y disponer al ánima en el trato con Dios; y para esto son todos los modos de orar, con sus notas y adiciones y tanta variedad de meditaciones que sirven para materia de la oracion, poniéndola á cada uno en aquel modo de orar, y dándole aquella materia de meditacion que fuere más á propósito para su provecho espiritual. En lo cual se deben observar dos cosas: la primera, que persuada á su ejercitante á que cumpla puntualmente toda la instruccion y orden que le diere cuanto al modo y tiempo de hacer los ejercicios; porque lo contrario suele nacer de una tibieza y desmayo con que se hacen los ejercicios en sola la corteza y apariencia exterior, sin que penetre á lo interior la virtud y eficacia de ellos; y de ordinario el no sentir consuelo ni desconsuelo, ni otra mocion interior, siendo los medios de tanta fuerza para causarla, nace de no guardar las órdenes é instrucciones dadas, como lo dice nuestro santo Padre en la anotacion

sexta por estas palabras: *El que da los ejercicios cuando sienta que al que se ejercita no le vienen algunas mociones espirituales en su ánima; así como de consolaciones ó desolaciones, ni es agitado de varios espíritus, mucho le debe interrogar acerca de los ejercicios si los hace á sus tiempos destinados, y cómo. Asimismo de las adiciones, si con diligencia las hace, pidiendo particularmente de cada cosa de éstas, etc.*

La segunda cosa, que en grah manera conviene observar, es que no pretenda llevar á todos por el camino por donde él va, ni ejercitarlos con los mismos ejercicios con que á él le haya ido bien, porque esto seria destruir el arte y magisterio espiritual, y ponerle á Dios leyes y quererle atar á nuestras reglas; y es cierto que mirando la complexion y capacidad de cada uno, y lo que Dios quiere hacer de él, ni es posible ni conviene reducirlos todos al mismo camino. Ponga pues los ojos, si quiere gobernar bien á su ejercitante, en estas dos cosas, conviene á saber, en su complexion y capacidad natural, y en el camino por donde Dios le lleva, y para esto observe y note los movimientos de la naturaleza y los de la gracia. Y primeramente, reconocido lo mejor que pudiere su natural, déle los ejercicios que le parecieren más convenientes conforme á las reglas del libro, y esté atento al efecto que resulta de ellos, porque como dicen los médicos: *A juvantibus et nocentibus sumitur indicatio.* Esto es, que de lo que á cada uno le hace daño ó provecho se toma indicio de lo que le conviene y ha menester. Asimismo esté atento á las inspiraciones y mociones divinas; porque como los médicos ponen toda la industria de su arte en ayudar á la naturaleza, y están atentos á ver por donde guía, y como ellos dicen, *et quo natura vergit eo ducere*, esto es, que van gobernando la cura por donde ven que llama la naturaleza; así debe el

maestro espiritual encaminar las almas por donde llama la gracia; y esto es lo que toca á los oficios que ha de hacer el que da los ejercicios antes de la oracion, para instruir al ejercitante cómo ha de tratar con Dios.

CAPÍTULO XVI.

CÓMO HA DE AYUDAR EL MAESTRO ESPIRITUAL DESPUES DE LA ORACION, PARTICULARMENTE EN TIEMPO DE DESOLACION.

DESPUES que el ejercitante estuviere dispuesto é instruido, como se ha declarado en el capítulo pasado, aunque se le ha de dar lugar para que las haya inmediatamente con Dios, y sea enseñado y movido de él, no por eso ha de ser desamparado del todo; antes por ser esta ocasion en que se atraviesan los movimientos del espíritu bueno y del malo, tiene el alma necesidad de ser ayudada con mayor industria y cuidado para no ser engañada del demonio. Primeramente le debe pedir cuenta de los movimientos que ha sentido, ó impulsos de varios espíritus, como se dice en la anotacion diez y siete, y siendo informado de ellos, ayudarle por las reglas de discrecion á distinguir el buen espíritu del malo; y si es hombre poco ejercitado en el espíritu, le ayudará más con las segundas, como se dice en la anotacion nona y décima de que muchas veces se ha hecho mencion.

Demás de la discrecion para distinguir el buen espíritu del malo, debe advertir tambien la disposicion del que se ejercita; porque ó está en desolacion y tristeza, ó en consolacion y fervor. La desolacion mueve á tristeza, á desconfianza, á impaciencia, como se dice en la regla cuarta de las primeras de discrecion; y así el oficio del padre espiritual es inclinar á todo lo contrario, conviene á saber, á alegría, tratándole entonces con más suavidad y amor, sin rastro de aspereza, supliendo lo que pudiere con su blandura la falta de la divina presencia; débele tambien inclinar á esperanza, asegurándole de la divina clemencia que no hace largas ausencias, ni deja afligidos por mucho tiempo á los suyos, sino que despues de la tempestad envia la serenidad, y despues de la noche suele amanecer más claro el dia; y enséñele con qué medios se ha de disponer á la divina consolacion; exhórtele á la paciencia y á que sepa sufrirse para que no haga mayor su trabajo con la impaciencia; y descúbrale las astucias del demonio, y el modo con que ha de pelear contra ellas, para que cobre esperanza de salir con la victoria.

Veamos ahora con qué palabras da nuestro santo Padre todos estos documentos. En la anotación séptima dice así: *El que da los ejercicios si ve al que los recibe que está desolado y tentado, no se haya con él, duro ni desabrido, mas blando y suave, dándole ánimo y fuerzas para adelante, y descubriéndole las astucias del enemigo de natura humana, y haciéndole preparar y disponer para la consolacion ventura.* Y el modo como se ha de preparar y disponer para la consolacion ventura, es haciendo las diligencias convenientes contra la desolacion presente, como lo dice en la regla octava de las primeras de discrecion por estas palabras: *El que está en desolacion trabaje de estar en pa-*

ciencia, que es contraria á las vejaciones que le vienen, y piense que será presto consolado, poniendo las diligencias contra la tal desolacion, como está dicho en la sexta regla. Y para decir esto aquí de paso, dejando lo demás para su propio lugar, muy digno es de ponderar lo que el santo Padre dice: Que siendo tantas y tan varias y en tan diferentes materias las vejaciones y tentaciones del demonio, la paciencia es contraria á todas ellas. De donde se toma claro argumento, que el primer fruto que el demonio pretende sacar, y la primera victoria que pretende alcanzar con todas sus tentaciones, es mover á impaciencia; porque en perdiendo uno los estribos de la paciencia, fácilmente le derriba y le trae á una parte y á otra, como quiere y á su voluntad. Y por eso el que se conserva en paciencia, enflaquece las fuerzas del demonio, y tiene unas armas ofensivas con que resistir á todos los golpes del enemigo. Ayuda tambien la paciencia para hacer las diligencias que conviene contra la desolacion, las cuales se dicen en la regla sexta por estas palabras: *La sexta, dado que en la desolacion no debemos mudar los primeros propósitos, mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolacion, así como es instar más en la oracion, meditacion, en mucho examinar y en alargarnos en algun modo conveniente de hacer penitencia.* Estas son las diligencias que se han de hacer contra la desolacion, y con que se dispone el ánimo para la consolacion verdadera.

Finalmente se debe advertir, que porque es propio de la desolacion espiritual mover á las cosas bajas y terrenas (como se dice en la regla cuarta de las primeras de discrecion) sucede muchas veces estar el ánimo tan inclinado y aficionado á alguna cosa de este mundo, que esta aficion desordenada le oscurece el entendimiento, y

le impide la luz celestial, y le seca y endurece para no dejarse mover de la divina inspiracion. Por tanto conviene hacer esfuerzo para ponerse en la divina indiferencia, inclinándose, cuanto es de su parte, á lo contrario de aquello que desordenadamente ama, y hacer que su voluntad lo abrace y se lo pida á nuestro Señor, si ha de ser para su mayor servicio. Este documento tuvo siempre nuestro santo Padre por de mucha importancia, como se ve por las palabras tan encarecidas con que lo dice en la anotacion diez y seis, que son éstas: *Para lo cual, es á saber, para que el Criador y Señor obre más ciertamente en la su criatura, si por ventura la tal ánima está afectada é inclinada á una cosa desordenadamente, muy conveniente es moverse poniendo todas sus fuerzas para venir al contrario de lo que está mal afectada; así como si está afectada para buscar y haber un oficio ó beneficio, no por el honor y gloria de Dios nuestro Señor, ni por la salud espiritual de las ánimas, más por sus propios provechos é intereses temporales, debe afectarse al contrario, instando en oraciones y otros ejercicios espirituales, y pidiendo á Dios nuestro Señor el contrario, es á saber, que ni quiere el tal oficio ó beneficio, ni otra cosa alguna (si su Divina Majestad, ordenando sus deseos no le mudare su afeccion primera), de manera que la causa de desear ó tener una cosa ú otra, sea sólo servicio, honra y gloria de su Divina Majestad.* Este mismo aviso da nuestro santo Padre otras veces en la segunda semana, donde se habrá de decir algo acerca de él, cuando se trate de las elecciones. Ahora basta decir que es materia de grande confusion ver cuán lejos andamos del espíritu de este santo Padre y fundador nuestro, pues nos enseña tantas veces que sólo el desear una cosa por motivos humanos, ha de ser la ley y la regla para no pretenderla y para inclinarnos á la contraria

hasta ganar la indiferencia, y satisfacernos que no nos mueve otra cosa sino sólo el mayor servicio divino; y nosotros las más veces no tenemos otra regla para procurarla y negociar-la, sino el deseo de ella, por ver que nos está bien para nuestra honra ó para nuestra comodidad y provecho.

CAPÍTULO XVII.

CÓMO DEBE SER AYUDADO EL QUE ESTÁ EN CONSOLACION.

DIGAMOS ahora del que está en consolacion, al cual el maestro espiritual debe desviar de dos extremos. Porque unos se alzan con el consuelo espiritual para regalarse con él, y por ventura para envanecerse sin aplicarse jamás al trabajo de la mortificacion y del ejercicio de las virtudes; otros emprenden las buenas obras con tanto fervor, que se arrojan á votos y promesas inconsideradas. Los primeros estén advertidos que cuando son consolados en la oracion, ó con alguna ilustracion del entendimiento, ó con algun afecto y mocion de la voluntad, deben recibir esta gracia y visitacion celestial con toda humildad y reverencia, y guardarla en su corazon como quien guarda una reliquia con toda veneracion; porque ésta es una participacion de la divina luz que nos va llevando y guiando á la participacion perfecta de la gloria. Y por eso se le debe dar lugar